

Razón de ser de la vida religiosa

En una ocasión Nuestro Señor se dignó manifestar a los hombres la gran preocupación de su alma de Verbo encarnado y de Redentor de los hombres. Fue en su conversación con la mujer samaritana. *«Mujer, créeme –le dijo–, llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Llega el momento, y ya es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Pues el Padre busca adoradores que lo adoren así. Dios es espíritu; y por eso, los que lo adoran deben adorarle en espíritu y en verdad»* (Jn. 4 21-24).

- **Asegurar la adoración del Padre:** esa es la gran meta a que apunta la obra de nuestro divino Salvador. El viene a este mundo a redimirnos, es verdad; pero viene ante todo para adorar a su Padre, y asegurar en la tierra esta adoración.
- **Asegurarla en espíritu y en verdad.** En espíritu: que no sea una adoración limitada casi a lo externo, como era la de los judíos. Y en verdad: que se dirija al Dios verdadero, y no a divinidades falsas, como lo hacían los samaritanos.
- **Asegurarla, no sólo El como un adorador solitario, sino con una legión de adoradores,** que el Padre busca, y que lo acompañen a El en esta adoración.

Tal es el fundamento y razón de ser de la vida religiosa. Los religiosos son esencialmente los adoradores que el Padre busca, y que son llamados por El para asegurar esta adoración.

Nuestro Señor mismo nos enseña en otro lugar en qué consiste la adoración en espíritu y en verdad que el Padre busca. *«Señor –le piden un día los apóstoles a Jesús–, enséñanos a orar»*. Y Jesús, accediendo a su pedido, les dice: *«Así habéis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»* (Lc. 11 1-2; Mt. 6 9-10).

Puesto que Cristo es nuestra Cabeza, y nosotros somos sus miembros, rezamos con la misma oración que El. Y así, al enseñarnos esta oración, el Señor no hace más que declararnos cómo rezaba El. Con el *Padrenuestro* entramos de lleno en el alma de Jesús. ¿Qué otra cosa buscó Nuestro Señor en su vida terrena, tanto en su fase oculta como en su fase pública? La *adoración de su Padre*, y una adoración a base de la *santificación de su nombre*, de la *extensión de su reino* a todas las almas, y del *cumplimiento de su voluntad*, por parte de sus criaturas, como El mismo, el Hijo muy amado, la cumplía siempre. Este es el *Sancta Sanctorum* del alma de Jesús. Intentemos, pues, profundizar estas palabras.

1º El plan de Dios al crear.

En las tres primeras súplicas del *Padrenuestro* tenemos resumido *el plan de Dios al crear*. Dios es el Bien infinito y, como tal, busca difundirse y comunicarse. Y de hecho, libremente, decidió comunicar sus perfecciones a criaturas sacadas de la nada. Al crear tanta variedad de seres, lo que Dios pretendía era que sus distintas perfecciones quedaran reflejadas con una riqueza digna de El.

Con todo, esta creación era sólo un espejo de las perfecciones de Dios: se limitaba a manifestarlas, pero no era capaz de santificar su nombre, esto es, de reconocer esas mismas perfecciones, dándole a Dios un tributo de alabanza, de acción de gracias y de dependencia voluntaria. Para ello hacía falta que la creación se viera coronada con criaturas de naturaleza inteligente, que contemplando la imagen de Dios reflejada en la creación inferior, le dirigieran un cántico de alabanza, de agradecimiento y de súplica.

Y así Dios creó a los ángeles y a los hombres, asignándoles como meta *la santificación y glorificación de su nombre*, y dándoles el sublime ministerio de llevar a todas las demás criaturas a tomar parte en ese concierto de glorificación de Dios. Sin embargo, Dios no quiso que ángeles y hombres santificaran el nombre de Dios *en un orden puramente natural*, conociendo al Creador a partir de sus efectos, y amándolo como supremo Autor y Bienhechor; sino también *en un orden sobrenatural*, entrando en el misterio de su vida íntima, compartiendo la misma vida y dicha que El tiene y de que El goza; de manera que esta santificación de su nombre fuese no sólo la gloria del Creador, sino también la dicha y felicidad de la criatura.

¿Cuándo es glorificado el nombre de Dios? Cuando es conocido sobrenaturalmente a través de la fe; cuando es amado sobre todas las cosas a través de la caridad, y alabado, reverenciado y divulgado por toda la redondez de la tierra; cuando el nombre de Dios es para las criaturas el apoyo de toda su esperanza, la garantía de todas las promesas divinas, la seguridad de todos los dones, el apoyo indefectible de la criatura en Dios en todos los aspectos de su vida.

2º Realización del plan de Dios en el estado de justicia original.

Los primeros adoradores del nombre de Dios, después de los ángeles, fueron Adán y Eva. Al crearlos, Dios les infundió la gracia santificante que los convertía en hijos suyos, y los colocó en el paraíso terrenal. Juntamente con la gracia, nuestros primeros padres gozaron de un conocimiento muy grande de Dios, y de un amor inmenso a Dios.

*• En ese conocimiento y amor de Dios, Adán se sometía plenamente a sus santas leyes, y respetaba los derechos de Dios. Así era entonces **santificado el nombre de Dios**. El conocimiento de ese nombre, Adán y Eva debían difundirlo, comunicándolo a sus hijos, y enseñándoles a honrarlo, a obedecerle, a someterse a El. Comenzaba así la obra de la santificación del nombre de Dios.*

- *Esta santificación llevaba al reino de Dios: a través del conocimiento, amor y servicio de Dios, todas las potencias del hombre se sometían a su imperio, y le eran igual de dóciles que un reino lo es a su rey. El **advenimiento del reino de Dios** conlleva esta idea nueva: que la santificación del nombre de Dios supone una conquista progresiva de la gracia sobre todas nuestras potencias: la inteligencia sometiéndose a las luces de la fe, la voluntad a las directivas de la caridad, y toda la actividad del hombre a la voluntad divina. Dios pone entonces su trono en los hombres, porque ninguno de ellos le resiste ni se le rebela.*
- *Y ese reino consistía en una **perfecta conformidad de voluntades con la de Dios**, esa voluntad sabia y generosa, que busca el bien de su criatura, al mismo tiempo que procura su propia gloria. De haber sido fiel Adán, el plan de Dios se habría visto plenamente realizado.*

3º El pecado de Adán frustró la glorificación de Dios.

Por desgracia, ese plan, en vez de realizarse, naufragó. Adán pecó, y en ese pecado, prefirió hacer la voluntad de Eva antes que la de Dios. Y al hacer esa voluntad contraria a la divina, Adán destruyó el reino de Dios en su alma. Y al destruir el reino de Dios en su alma, dejó de santificar el nombre de Dios: no le tributó la gloria, la sumisión, el respeto y la obediencia que le debía. Para Adán, Dios dejó de ser lo supremo.

A partir de ese momento, el plan de Dios parecía sucumbir definitivamente. Toda la historia de la humanidad, que debería haber sido una historia de santificación del nombre de Dios, pasó a ser todo lo contrario: una historia de injuria del nombre divino, por el dominio universal del demonio. **El nombre de Dios** dejó de ser santificado, y el hombre empezó a manipular las criaturas en contra de su Creador, ultrajándolas y violentándolas. **¿El Reino de Dios?** Fue más bien el reino de Satán, que por la idolatría dominaba en todos los pueblos. **Y la voluntad de Dios**, ¿quién pensaba en cumplirla? El pecado de Adán lo había desbaratado todo.

4º Cristo se encarna para restaurar el plan divino y hacer posible la santificación del nombre de Dios.

Es esa santificación del nombre de Dios lo que Nuestro Señor Jesucristo quiso asegurar al encarnarse. Cristo vino a redimirnos, pero vino antes por su Padre; vino para hacer posible de nuevo esa finalidad de la creación, la santificación del nombre de su Padre. ¿Para qué? Para que venga de nuevo a nosotros su reino, y Dios, en lugar de criaturas rebeldes, vuelva a tener súbditos dóciles e hijos amantes, y de esta manera se establezca el reino de Dios en cada uno de nosotros: en nuestra inteligencia, recibiendo con docilidad las luces de la fe; en nuestra voluntad, amando a Nuestro Señor y cumpliendo su voluntad con disposiciones filiales; y la gracia se vaya apoderando de unas facultades que el pecado original dejó terriblemente desordenadas.

Nuestro Señor se convierte así, en cuanto hombre (pues en cuanto Dios es absolutamente igual al Padre), en **el adorador perfecto del Padre**.

• **El santifica el nombre de su Padre:** es lo que primeramente tiene en mente: «Padre, Yo te he glorificado en este mundo; he dado a conocer tu nombre a todos los que Tú me diste» (Jn. 17 4-6). Todo en El se ordena a manifestar al Padre: su bondad, su misericordia, su justicia, su omnipotencia, su providencia. «Quien me ve a Mí, ve al Padre» (Jn. 14 9).

• **El es el Reino de Dios venido a este mundo.** Toda su inteligencia, toda su voluntad, todas sus potencias, sus acciones, sus intereses, su tiempo, su vida, su muerte, están totalmente sometidas a la acción del Padre, que encuentra en El un reino donde todas sus leyes son perfectamente cumplidas, sus derechos plenamente reconocidos y respetados, sus dones plenamente agradecidos.

• **El hace su alimento de la voluntad del Padre.** «Yo hago siempre lo que agrada a mi Padre» (Jn. 8 29). El es sólo un enviado, el legado del Padre; no habla de Sí mismo, sino sólo lo que oyó del Padre (Jn. 14 10); no hace sino lo que ve hacer al Padre (Jn. 8 28); no se preocupa de sus intereses, sino sólo de los del Padre; no busca su gloria, sino sólo la gloria del que lo envió (Jn. 8 50). Nace donde el Padre le manda, de la Madre que el Padre le asigna; empieza a predicar en el lugar y tiempo que el Padre le señala; y antes de que se lo marque el Padre, no ha llegado su hora, la hora de su Pasión y Resurrección.

5º Los religiosos prolongan la adoración de Cristo.

Cristo, con todo, no se contenta con ser el adorador perfecto, porque ve que en los planes del Padre no ha de ser un adorador solitario. El plan del Padre, dice San Pablo, es que «seamos conformes a la imagen de su Hijo, a fin de que El sea el primogénito de muchos hermanos» (Rom. 8 29). «Mi Padre busca adoradores» (Jn. 4 23). ¿Y quiénes son estos adoradores? Todos los que son miembros suyos, a los cuales El comunica su vida y su sed de adorar al Padre. «El Padre busca adoradores». Cristo viene a devolvernos esa gracia perdida que nos permite encajar de nuevo en el plan de Dios, asegurando a la vez la salvación de las almas y la adoración del Padre por medio de estas almas redimidas.

Eso es y será para siempre la Iglesia; y esa es también **la razón de la vida religiosa:** que más allá del pueblo cristiano, algunas almas, especialmente íntimas de Nuestro Señor, se asocian a El en el cumplimiento de este deber estricto de la criatura, y hagan de él su única ocupación: «Una sola cosa es necesaria» (Lc. 10 42). En esta vida el hombre se afana por muchas cosas, pero estas cosas no salen del ámbito del tiempo. Sólo una perdura para siempre: la adoración del Padre.

«El Padre busca tales adoradores», y **estos adoradores son los religiosos.** Ellos aseguran la obligación principal de toda la creación. Y lo hacen, no a título personal, sino en nombre de todos los hombres. Y lo hacen con la misma adoración de Jesús, ya que la adoración del religioso es sólo una participación y prolongación de la adoración perfecta de Jesús.